AB URBE CONDITA

LA ROMA DE LA GENS VALERIA

AB URBE CONDITA
LA ROMA DE LA GENS VALERIA

edaf

www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO

2020

Los autores ceden las regalías de este libro a: Asociación de Historia, Arte y Cultura de Alcántara (c/ Cuatro Calles, 1. 10980 Alcántara, Cáceres)

© 2020, Juan Luis Gomar Hoyos; Manuel Martínez Peinado; Luis Manuel López Román; Esperanza Varo Porras; Arnau Lario Devesa; Sergio Alejo Gómez; Antonio Taboada Abadías; Ángel Portillo Lucas; Eduardo Cabrero Alonso; Juan Manuel Palomino; Antonio Teruel; Jose Mari Escalante; Ana Iturgaiz y Federico Romero Díaz
© 2020. De esta edición, Editorial EDAF, S.L.U.
Diseño de la cubierta: Gerardo Domínguez
Maquetación y diseño de interior: Diseño y Control Gráfico, S. L.
Todos los derechos reservados

Editorial Edaf, S.L.U.
Jorge Juan, 68,
28009 Madrid, España
Teléf.: (34) 91 435 82 60
www.edaf.net
edaf@edaf.net

Ediciones Algaba, S.A. de C.V.
Calle 21, Poniente 3323 - Entre la 33 sur y la 35 sur
Colonia Belisario Domínguez
Puebla 72180 México
Telf.: 52 22 22 11 13 87
jaime.breton@edaf.com.mx

Edaf del Plata, S.A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires (Argentina)
edaf4@speedy.com.ar

Edaf Chile, S.A.
Coyancura, 2270, oficina 914, Providencia
Santiago - Chile
comercialedafchile@edafchile.cl

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

Septiembre de 2020

ISBN: 978-84-414-4047-0
Depósito legal: M-22665-2020

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA

COFÁS

Índice

Prólogo 9

Primera parte
MONARQUÍA Y REPÚBLICA

I. BERANIA, por Juan Luis Gomar Hoyos..... 15
II. EL NECIO, por Manuel Martínez Peinado 37
III. LA ÚLTIMA NOCHE DE TIBERIO GRACO, por Luis Manuel López Román 61
IV. EL OCASO DE LOS HÉROES, por Esperanza Varo Porras ... 83
V. EL NOMBRE SECRETO, por Manuel Martínez Peinado..... 105
VI. SALE UN NUEVO SOL, por Arnau Lario Devesa 113

Segunda parte
EL ALTO IMPERIO

I. LA SOMBRA DE LIVIA DRUSILA, por Sergio Alejo Gómez .. 137
II. HONOR DE PRETORIANO, por Antonio Taboada Abadías .. 161
III. LAS ESPERANZAS DE NASICA VALERIO, por Ángel Portillo Lucas 183
IV. SANGRE SOBRE POLVO, por Eduardo Cabrero Alonso 209
V. HISTORIA DE UN BANDIDO, por Juan Manuel Palomino ... 231

Tercera parte
EL BAJO IMPERIO

I. NO LE DEBO NADA A ROMA, por Sergio Alejo Gómez 255
II. LAS ÁGUILAS, por Antonio Teruel 279
III. EL IMPERIO OLVIDADO, por José Mari Escalante 293
IV. POR PROPIA VOLUNTAD, por Ana Iturgaiz 313
V. MAYORIANO, LA ÚLTIMA ESPERANZA DE ROMA, por Federico Romero Díaz 335

I

Berania

Juan Luis Gomar Hoyos

Hízose un tratado, por el que las mujeres que quisiesen quedarían con los que las tenían consigo, no sujetas, como ya se ha dicho, a otro cuidado y ocupación que la del obraje de lana; que en unión habitarían la ciudad Romanos y Sabinos; que esta de Rómulo se llamaría Roma.

Plutarco. *Vida de Rómulo*

Algunos creen que las vestales ningún otro destino tienen que guardar este fuego; pero otros dicen que hay en su templo otros misterios encerrados…

Plutarco. *Vida de Numa*

I

Con la mirada perdida en la llama que alimenta, recuerda el día en que la encontró la diosa. Mide el tiempo en nudosas ramas de vid, pero todo ocurrió mucho antes de que hubiera un fuego sagrado. La pequeña lengua ígnea calienta sus manos. Todo fue diferente entonces. Busca en el seno de las brasas el camino hacia el pasado.

Con la mirada perdida, recuerda…

Aquel día el sol brillaba con fuerza. Eran las Nonas Caprotinas y ella podía contar los inviernos de su vida con sus dedos. Cuando se es tan pequeña, los recuerdos son confusos, pero sí, era el día del sacrificio junto al lago.

«Padre caminaba a nuestro lado. Me dio la mano. Madre llevaba en su vientre a Anco Veleso. Qué grande me parecía. Era como si todo un mundo nuevo creciera dentro de ella. A veces mi hermano

se agitaba en su seno y adivinábamos la forma de sus manos o sus pies. Marchaban todos en procesión hacia el lago sagrado y muchos saludaban a Padre».

—Salve, Marco Veleso. Salud a ti, noble señora, y a ti, pequeña Berania.

—¡Los dioses te bendigan!

Había aprendido a responder aprovechando aquellos pocos años de su vida en los que se perdonaría su inocente espontaneidad. Crecería y pronto llevaría el manto que ocultaría sus cabellos. Perdería su libertad para dirigirse a otros ciudadanos sin permiso. Mas ese día no había llegado todavía.

«Sí, eran las Nonas Caprotinas y Rómulo dirigiría el sacrificio. Leería los augurios ante toda la ciudad».

—Antes, los sabinos de Roma teníamos nuestro propio rey —comentaba alguien a su espalda, pero Marco Veleso conminó con la mirada a su hija a no volverse.

—Rómulo es rey de los primeros fundadores y también de los sabinos. Esto complace a los dioses —dijo su padre a medias para ella y a medias para los otros...

La mujer observa la llama y recuerda. Durante los años que siguieron a aquellos días nunca cometió negligencia. Nunca se extinguió aquel fuego bajo su cuidado. Pero esta noche no ha tenido el mismo interés en que el cesto de la leña bendita estuviera lleno. Esta noche será la última como custodia del fuego sagrado. Por eso algo se agita en su mente; mira al suelo unos instantes, a la gran losa que pisa junto al pebetero, para volver a prestar atención a las brasas. Busca en su mente el momento en que la encontró la diosa.

«De repente miré por encima del hombro y la vi. Entre el gentío que aguardaba al rey la vislumbré al borde del camino, donde comenzaba el bosque. La vi y ella también me vio. Clavó sus grandes ojos en los míos. Me sonrió y me hizo un gesto para que me fuera con ella. Todos deseaban ver a Rómulo y sus céleres aproximarse al ara, pero los niños querían jugar. Estaba permitido. Larga era la liturgia. Padre no se dio cuenta de que me había soltado de su mano. Bendita seas, Vesta, tú que cuidas del calor del hogar. Te he servido durante toda mi vida. Concédeme tu bendición cuando llegue la mañana. Vesta, guardiana de la familia, ¿por qué me elegiste? Solo sufrimiento traje a Padre y Madre».

Berania recuerda su rostro. Era como las sagradas figuras que tenía Padre sobre el ara familiar, en el pequeño patio. Sonreía, pero su mirada era triste, como si supiera lo que aguardaba a la pequeña. La tomó de la manita y se internaron en el bosque. Recuerda que fue como dar la mano a un árbol o una montaña. No había calor en ella.

«Tal vez por ello necesita nuestro fuego…».

Recuerda el olor de sus cabellos; laurel, romero, salvia, amor. Era el olor de los recién nacidos, el de los abrazos y las canciones de cuna. Nada dijo, pues no era necesario, del mismo modo que una nube no necesita hablar con otra nube o una piedra con otra piedra.

Había perdido la noción del tiempo. Vesta se llevó el dedo a los labios y la dejó tras un árbol, al borde de un claro. En ese momento, un súbito estruendo agitó las ramas en las alturas. El cielo se cubrió de tinieblas. El rugido del viento se abrió paso por el bosque como una bestia gigante. Las hojas fueron arrancadas de las ramas. Un murmullo llegaba a través de la espesura; todos los que habían asistido a las fiestas huían despavoridos por la tormenta. Se acordó de Padre y tuvo el impulso de salir corriendo para buscarlo, pero Ella le indicó que no se moviera.

Entonces los hombres irrumpieron en aquel claro.

El primero que llegó parecía aterrorizado. Con una mano cubría una herida en su vientre. Respiraba con dificultad. Luego llegaron cuatro más, portando cuchillos y espadas. Alcanzaron a aquel al que perseguían y lo rodearon. Jadeaban, más como bestias que como hombres. Parecían dudar.

Berania levantó la mirada, pero la diosa ya no estaba junto a ella. Caminaba entre aquellos hombres sin que estos la vieran. Los miraba con los ojos muy abiertos y su rostro había mudado en una máscara de dolor. Se colocó tras el herido y tocó su frente. Cayó al suelo desmayado. Los demás se lanzaron sobre él. El acero brillaba en sus manos. Recuerda las espadas clavándose contra el cuerpo. Recuerda las lágrimas de Vesta, que de súbito apareció de nuevo a su lado y con un extremo de su velo cubrió los ojos de la niña para que no viera tal horror. Sintió miedo, pero Ella puso su mano en su hombro, y supo que nada habría de ocurrirle.

Así recordaría ese día. Con el tiempo, la niña se daría cuenta de que los otros tenían la posibilidad de ver algo que ella no percibía. Algo que llamaban «color». Algo que no eran capaces de explicarle ni

ella podía comprender; una cualidad de la luz que permitía distinguir la claridad del cielo del brillo de la hierba o de la llama. Algo que apenas pudo aprehender como un vago recuerdo más sutil incluso que un hilo de araña. El día en que, años más tarde, fue consciente de su carencia, solo podía recordar aquellas Nonas Caprotinas y cómo la diosa la cubrió con su velo y se llevó el color de sus ojos. El día en que la Señora impidió de ese modo que viera cómo la sangre de Rómulo era vertida sobre la verde hierba. Cómo sus entrañas eran arrancadas por sus asesinos. Cómo le cortaron brazos y piernas y separaron su noble cabeza de lo que quedaba de su cuerpo. A través de su velo divino solo distinguía feroces sombras que se agitaban y se estremecían. El estruendo del viento que sacudía los árboles ahogaba los gemidos del rey. Luego, sus recuerdos se enturbian y se vuelven oscuros.

Fue Padre quien la encontró. Salieron del bosque cuando ya había oscurecido y la tormenta ya había pasado. La ceremonia ya debería haber acabado, pero todos seguían allí, asustados. Él la tomó en sus brazos y la sintió temblar como un ratoncillo. Estaba aterrorizada.

«Luego me llevó donde Madre aguardaba. Me abrazó con tanta fuerza que casi sentí el corazón de mi hermano. Mientras nos alejábamos, oí a todos gritar que el rey había desaparecido y nadie le encontraba. Yo lloraba por todos nosotros, por lo que habría de venir».

II

—Ante todos vosotros, sabinos y romanos viejos, juro que todo lo que se ha dicho contra los patricios es falso. Rómulo no ha muerto —dijo Julio Proclo en la explanada frente al templo de Asilo—. Yo le vi después de la tormenta con mis propios ojos. Caminaba alegre, vestido con sus armas, y se alejaba por el camino. Le llamé. «¿Adónde vas, rey de los romanos? ¿Acaso nos abandonas?». Se volvió hacia mí. Ah, no habréis visto un rostro más hermoso que el suyo. Sonreía iluminado por la gracia divina. «¿Dónde vas, señor mío?», insistí una vez más y, al fin, me habló: «Di a los romanos que mi tiempo entre ellos ha terminado. Que me llaman los dioses, pues debo ocupar mi lugar en el cielo. Desde allí cuidaré por siempre de vosotros. Di a los romanos que, desde hoy, Quirino será mi nombre, y para mí deberán

construir un templo y consagrarlo a mi nombre. Allí podrán encontrarme cuando más lo necesiten».

»Pueblo de Roma, fui testigo del mayor de los prodigios, pues vino un torbellino que agitó su manto y, de súbito, lo elevó en el aire. Su yelmo y su coraza refulgían y un extraño halo, como una corona, brillaba sobre su cabeza. Se alejó veloz, como las centellas que surcan el cielo nocturno; arriba, donde habitan los dioses…

Habíase congregado el pueblo de Roma ante el templo de Asilo, que el propio Rómulo levantara con sus manos, donde todos los fugitivos de las ciudades vecinas podían pedir refugio y unirse a los suyos, pues fue así como reunió a los primeros fundadores de la nueva ciudad.

—Debemos, pues, elegir un nuevo rey —dijeron entre los senadores, lo que provocó un gran murmullo entre los asistentes.

Se levantó un patricio del partido de los sabinos.

—Cierto es. Y es el momento de que elijamos un rey de entre nosotros. Demasiado tiempo hemos consentido ser gobernados por el rey de los romanos en solitario. Cuando nuestros pueblos se unieron, Rómulo y Tito Tacio gobernaron juntos la ciudad, cada uno a su pueblo. Pero al morir este, los sabinos aceptamos de buen grado que Rómulo nos gobernara también a nosotros. Ahora es justo que el rey sea de nuestra estirpe.

Inquietud. Más murmullos. Por instantes volvía a haber dos pueblos separados allí presentes. Respondió otro patricio del partido romano.

—Hablas bien, Tagas de los sabinos, y de manera razonable. No es nuestra costumbre, sin embargo, que los senadores debatamos delante del pueblo. Tenemos ahora una nueva responsabilidad, puesto que no hay rey. Mientras lo tuvimos, nuestras deliberaciones no salían del Consejo. No son oportunas aquí, donde podrían no entenderse. Marchemos ahora al palacio y dejemos que todos vuelvan a sus casas. El hombre a los campos o sus negocios; la mujer al telar y a hilar la lana; el siervo y el esclavo a los campos y al cuidado de las bestias. Hoy es el primer día del interregno.

«Así comenzaron aquellos días en los que el palacio de Rómulo no tuvo huésped. Padre recibió a muchos de los nuestros, pues entre los sabinos Marco Veleso era un hombre respetado y no pocos venían a pedirle consejo. Aquellos hombres no prestaban atención a la niña que yo era. Oí mucho que apenas comprendía y tal vez no debí».

—Había descontento a su alrededor —oyó decir Berania—. Rómulo se portó bien con los sabinos tras la muerte de Tacio. Por eso le aceptamos. Nunca nos trató con diferencia, pero algunos de los suyos no compartían su forma de pensar. Ahora que no está se conducen con menos prudencia. Tal vez ya no querían a su rey.

—No así los dioses —respondía Marco Veleso, siempre prudente.

—En su gloria lo guarden por siempre y nunca nos lo devuelvan —susurraban algunos de sus clientes.

—Deberíamos volver a tener dos reyes...

—Sí, dos reyes. Uno de los primeros fundadores y otro de los sabinos...

Todo eso oía Berenia desde sus escondites favoritos.

—Podríamos vivir con un rey e incluso con dos, mas no con treinta —dijo un día Marco Veleso a su esposa tras regresar a casa—. No quieren decidirse por un nombre. Los patricios están divididos entre romanos y sabinos, y no se ponen de acuerdo más que en una cosa: que mientras no haya rey en Roma, ellos gobiernan.

«Recuerdo que fueron unos días difíciles, y Padre nos ordenó no salir de casa, pues había muchos alborotos. Los miembros de uno y otro partido se miraban de reojo, y cuando se encontraban con algún senador, sin importar su origen, los increpaban diciéndoles que retenían un poder que no les correspondía. Un día, Padre pasó toda la jornada en la asamblea. Habían estado llamando a los senadores, y estos tardaron toda la mañana en atreverse a bajar. Pero lo hicieron con un anuncio. Tal vez por miedo, se habían puesto de acuerdo en algo en el último momento».

—Elegiremos ciento cincuenta patricios —habían dicho—. Cada uno gobernará por turno durante un día. Seis horas hará de Tacio y otras seis de Rómulo. Al caer la noche será despojado de sus poderes, que pasarán a manos del siguiente. Nadie dirá que los patricios toman algo que no les pertenece. Nuestro deber es elegir al rey, no acaparar sus prerrogativas. Marchad pues, que habrá pronto entre nosotros un sucesor de Rómulo, y hasta entonces seremos gobernados con justicia.

«Madre, en cambio, se preocupaba por mí. No les había contado nada de lo que presencié en el bosque, y aquellas imágenes me atormentaban. Por las noches me despertaba llorando. Me oía hablar de la

muerte en sueños. Yo quería contarlo, pero mis recuerdos terminaban con la diosa llevándose un dedo a los labios para que no hablara. ¿Cómo desobedecerla? Me habían enseñado que ellos rigen nuestros destinos y son implacables con los que lo hacen. Pero hablaba en sueños. Madre supo así que la diosa se me había aparecido y que aquello era la causa de mi sufrimiento. Tanto debió de preocuparse que, un día, Padre pidió consejo a alguien a quien conocía. Cuando ese hombre vino a casa, Madre me habló de él mientras me llevaba a su presencia».

—Es un sabino de noble cuna. El propio Tacio le dio a su hija en matrimonio antes de los días en que nos asentamos en Roma. Es un hombre santo y vive apartado de todo lo mundano. Ha venido desde la ciudad de Cures para hablar contigo porque Marco Veleso le escribió. Tal vez consiga desentrañar lo que te mostró la Señora y puedas recuperar así la tranquilidad. Se llama Numa Pompilio.

III

El hombre que aguardaba en el patio clavó su mirada en la pequeña Berania tan pronto como apareció de la mano de Marco Veleso. Era alto y delgado y su piel tenía una palidez invernal.

«Sus ojos… Seguía viéndolos arder cuando cerraba los párpados».

Incluso a través del velo de la diosa, brillaban de un modo que la pequeña no reconocía. Tal vez por ello se decía que aquel hombre había sido bendecido. Había algo más en él: una suerte de pulcritud antinatural en sus ropas, en sus manos o en sus brazos. Como si la miseria de este mundo no pudiera adherirse a él. El olor de su cuerpo era diferente. El olor de la santidad.

—Noble Numa, esta es mi hija.

«Me entregaste a él, Padre. ¿Cómo pudiste?».

—La Hermosa Llama te guarde, pequeña Berania —dijo al tiempo que se agachaba hasta su altura.

La miró con fijeza, como si pudiera penetrar en su mente. Al principio, Berania se desconcertó con la intromisión en su interior, pero un instinto desconocido la advirtió y de súbito supo cómo cerrar aquella puerta. Numa pareció percibirlo, y por un instante atisbó un destello de rabia en sus ojos.

—Tu padre dice que eres una niña muy especial, Berania. No hay duda, Marco Veleso. Ha sido bendecida por Vesta. No hace falta que cuente lo que vio. Creo que hay muchos signos.

—¿Qué debemos hacer entonces?

—A nosotros, pobres mortales, nos está vedado el acceso a los pensamientos de los dioses. A veces nos hablan, nos advierten, pero en nuestra imperfección no entendemos sus elevadas palabras. Por eso necesitamos augures. Solo había un Rómulo, pero si estuviera entre vosotros no habrías tenido que buscarme. Los ciento cincuenta patricios que se turnarán para gobernar durante el interregno no son suficientes si los dioses les niegan sus dones. No se dirigen a cualquiera —Numa suspiró y miró de nuevo a la niña—. Yo puedo descifrar el mensaje. Podría hacer que lo recordara. Permíteme que vuelva con ella al bosque. Tal vez así lo consiga.

«Padre dudaba. Oh, Padre, ¿por qué me dejaste en sus manos?».

—Los seres divinos, Marco Veleso —insistió Numa—, vienen a vernos en los momentos cruciales. Por primera vez Roma no tiene rey. ¿Y si su aparición tuviera que ver con esto? ¿Crees que eligen al azar? Si Vesta se apareció fue por una buena razón. Y aunque ahora seáis romanos, para nosotros tú sigues siendo sabino.

—Está bien. Quédate esta noche. Es tarde para volver a Cures. Berania, mañana acompañarás a Numa.

«Los hombres santos no son como los demás. Numa Pompilio caminaba con las manos en la espalda, sereno. Aunque parecía no esforzarse, su paso era vivo, habituado a recorrer largas distancias. Tampoco se distraía, ni se detenía, sino que avanzaba de forma inexorable. Cuando hablaba, acompañaba sus palabras con delicados gestos con los que parecía manipular una sustancia etérea, sutil y preciosa con sus dedos blancos. Cuando mencionaba a los dioses y sus virtudes, más que pronunciarlas, acariciaba las palabras con sus labios, como si no pertenecieran a este mundo y solo él tuviera potestad de utilizarlas».

—¿Qué sientes al pensar que has sido elegida?

«Te miraba incapaz de responderte, Numa, deslumbrada por el brillo de tus ojos».

—¿No lo sabes? —insistió.

Berania se encogió de hombros.

—¿Te sientes importante? ¿Te gusta sentirte especial?

«Asentí más por curiosidad que por certeza».

—De entre todos los defectos, los dioses detestan, por encima de los demás, el orgullo. Pensar que eres más importante o más especial que los demás es orgullo.

—Pero… ¡dijiste a Padre que yo era especial!

Numa se detuvo. Aunque parecía sorprendido, la niña leyó una secreta satisfacción por su respuesta.

—¿Ves? A eso me refiero. Dije que tal vez lo eras. Soy el único que puede juzgarlo y saber si dices la verdad, o bien, como creo, te has inventado todo para huir de un castigo o hacer que te presten más atención.

—¡No hice tal cosa! —dijo, y comenzó a llorar.

—He dicho que yo juzgaré eso. No seas tan orgullosa. Eso es lo único que me has enseñado hasta ahora. Molestas a los dioses. ¡Debes aprender humildad, niña! —Y tras unos instantes, volvió al tono dulce que ella le había oído en su casa—. Debes hacer todo lo que te diga, ¿entiendes? Tu padre te lo ha ordenado. Ven conmigo, vamos, llévame al lugar donde viste a la diosa.

«Pero yo no podía acordarme de nada. Solo era una niña asustada. Recorrimos los caminos alrededor del lago durante mucho tiempo, pero fui incapaz de recordar dónde ocurrió todo. Numa resoplaba y se fue enfureciendo ante mi silencio».

—¿No quieres mostrármelo? —dijo al rato, frustrado.

Observó la mirada suspicaz de la niña. Casi pudo leer sus pensamientos: tenía miedo, sí, pero también percibía un atisbo de rebeldía en su interior. Esto lo enfureció y le dio una bofetada. No fue fuerte, pero Berania cayó al suelo con el rostro enrojecido. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Numa resopló y caminó por un momento dando círculos, como si pensara qué hacer a continuación. De repente, se volvió.

—Berania, mira, es la Señora… —dijo él.

Entonces la diosa volvió a aparecer

—Bendita seas, Vesta, tú que cuidas del calor del hogar… —rezó el hombre mientras se arrodillaba—. Berania, arrodíllate. ¡Vamos!

La niña se levantó muy despacio. El vello de su nuca se le erizó al tiempo que la sacudía un escalofrío. Numa vio cómo lo miraba a él y luego al lugar que señalaba, pero no se movía.

—¡Vamos! —la impelió en un susurro furioso—. Háblanos, Vesta. Te escuchamos… No tengas miedo, pequeña. No ha venido a hacernos daño.

Hacía como si oyera palabras inaudibles.

—Así lo haremos, bendita Señora —dijo al fin—. ¿Has oído, pequeña? También Ella te pide que me hagas caso. Vamos, muéstrame ese sitio.

«Yo temblaba de miedo. Recuerdo los ojos de Numa clavados en los míos, mientras me exigía una respuesta. Pero no podía dejar de temblar, porque la Señora no había aparecido en el lugar hacia el que Numa miraba, sino a mi lado, y él no la había visto. Permanecía junto a mí sin decir nada, del mismo modo que una nube no necesita decir nada a otra nube o una piedra a otra piedra. Los mortales no pueden soportar la voz de los dioses. Y en ese momento comprendí qué clase de hombre era. Miré a Vesta. Me sonreía con ternura. Puso su mano sobre mi hombro y sentí el peso de todas las montañas del mundo, pero también que me protegía. Ya no tuve más miedo. Comenzó a mover los labios, pero fue de mi garganta donde las palabras brotaron solas, como si no me pertenecieran».

—No está bien lo que haces, Numa Pompilio. No te mostrarás soberbio ni impío con los débiles. Debes proteger a esta niña. El secreto que le he confiado es importante para ti, y te lo enseñará, pero no le harás ningún daño. Te das grandes ínfulas y a todos dices que las criaturas divinas te son familiares, pero la verdad es que pocas son las que saben siquiera tu nombre. Sin embargo, alguien muy querido para mí ha sido muerto con injusticia y has de hacerme un servicio.

Numa palideció, las rodillas le fallaron y tuvo que sentarse. Aquella fue la primera vez que sintió realmente la presencia de los dioses, y en verdad fue grande la impresión que tuvo. A pesar de lo que se decía de él, jamás había experimentado nada parecido. Tampoco entonces vio nada, ni la diosa usó su propia voz, sino la de la niña, pero supo reconocer su verdadera presencia. Berania leyó en sus ojos miedo, incomprensión, rabia y envidia al mismo tiempo, pues todos los dones que él había ansiado y que le habían sido negados se le habían otorgado en cambio a aquella pequeña a la que debía rogar para que le revelara su secreto.

«Sé que me odiaste desde ese momento, Numa. Sé que me sigues odiando».

IV

—Aquí —señaló—. Ella me tomó de la mano y me condujo hasta este lugar. Me dejó escondida tras este árbol y desde ahí vi llegar a aquellos hombres.

Pero Numa ya no la oía. Algo había llamado su atención. Dejó a la pequeña atrás y caminó en dirección al lugar que señalaba. Se agachó y con el dedo tocó la tierra. Se miró la mano. La olió.

—¿Qué hombres? —dijo inquieto.

—Uno de ellos apareció de repente muy asustado. Los demás, los que le seguían, le alcanzaron y ahí le dieron muerte. Justo donde estás.

—El día de las Nonas Caprotinas... —musitó para sí. Se encontró en ese momento con la incomprensión de la niña—. Es sangre, Berania. Esta tierra fue profanada con sangre vertida con violencia. Ha pasado casi un mes, pero aún puede verse.

«Yo no sabía a qué te referías. Te miraba a ti, y luego al suelo, y a tus dedos, y seguía sin ver».

Numa leyó la sorpresa en su rostro y una idea se abrió paso en su mente.

—¿No la ves? Está por todas partes, sobre la hierba verde, sobre la tierra, sobre la corteza de este árbol...

A pesar de sus esfuerzos, Berania apenas veía nada que destacara en el suelo.

—Vesta me cubrió con su velo.

Numa meditó unos instantes.

—¿Cómo eran? ¿Podrías describirlos?

«Te dije todo lo que recordaba».

Numa frunció el ceño y se levantó. Suspiró y se limpió la mano con una hoja.

—¿Sabes qué pasaría si contaras todo esto a alguien más?

—No.

—Te ha sido otorgado un don, Berania, uno demasiado precioso para malgastarlo. Marco Veleso se ha arriesgado mucho al pedir consejo. Si hubieras mostrado esto a cualquier otro, tu vida y la de tu familia podrían estar en peligro. Por fortuna, ha sido en mí en quien tu padre ha confiado. No dirás nada de esto a nadie. Aquí ha ocurrido algo terrible. No puedes contar nada, ni siquiera a Marco Veleso. Los pondrías en peligro. No quieres que les pase nada malo, ¿verdad?

Dentro de poco tendrás un hermanito. Seguro que deseas que no sufra ningún daño. Si cuentas algo de lo que hemos visto, algunos podrían querer dañarte a ti y a los tuyos y no podré impedirlo. Debo protegerte, pero no podría hacerlo con ellos si no guardas silencio. ¿Lo harás, pequeña?

«Me juré que no contaría nada. ¿Cómo no hacerlo? Todo lo que amaba parecía estar en peligro».

V

La noble Berania observa el firmamento nocturno. Las estrellas no mienten a quien conoce su lengua. Sabe que ya no falta mucho para el último amanecer que verá desde el templo. Toma otra rama de vid, suspira y la deja caer en la llama sagrada.

«Numa Pompilio no volvió a casa en mucho tiempo. Se dijo por entonces que pasaba el día vagando por los bosques, pues había preferido apartarse de los hombres. Solo regresaba a Cures para cuidar de su padre cada noche. Sus hechos piadosos se contaban en todos los hogares sabinos, pues eran tiempos de inquietud, y en tales días eran los hombres como él los que parecían iluminar la oscuridad que rodeaba a todos.

»Por mi parte, hice todo tal y como me ordenó. No conté nada ni a Padre ni a Madre. Numa les dijo que debían darme tiempo, que la diosa me había hablado, pero todavía era pequeña para comprender su mensaje. Les recomendó que no me dejaran salir de casa. Mi infancia terminó aquella noche. No habría más atardeceres en el prado, ni coronas de flores y muñecas para jugar con otras niñas. El vientre de mi madre aún creció un poco antes de que naciera mi hermano. Él fue mi único compañero en lo que me quedó de vida en casa de Padre.

»Por aquellos días, Marco Veleso no dejaba de recibir visitas de otros principales. El interregno se mantenía sin que ni primeros fundadores ni sabinos pudieran ponerse de acuerdo sobre el nombre del futuro rey. Uno tras otro se sentaban ante Padre a contarle nuevas noticias e informarle de lo que hablaban los senadores».

—Muy cómodos están con este trato, Marco Veleso —oía decir a los visitantes.

—La paciencia se agota. Dos veces ha tomado cada uno los honores de Tacio y de Rómulo mientras se decide quién debe reinar.

—Bah, no quieren que haya otro rey —decía otro.

—Lo que no quieren es que los gobierne un sabino. Aún piensan que somos inferiores a ellos en dignidad. Se niegan a reconocer que la unión de nuestros pueblos se hizo en igualdad.

—No fuimos conquistados...

—Si Tacio y Rómulo no hubieran firmado la paz podríamos haberlos derrotado...

—Debimos haberlo hecho —llegó a decir uno de los sabinos más ancianos, de los que habían llegado con el rey sabino.

Marco Veleso levantó la mano en aquella ocasión para silenciar a su invitado.

—No es este hogar de conspiraciones. Lo que dices viola los juramentos de nuestro rey.

—Roma se tambalea, Marco Veleso. Los fundadores son altivos.

—No quieren otro rey. Poco serían de no haber existido Rómulo. Ladrones, homicidas y esclavos fugitivos, escoria de los pantanos donde se escondían, expulsados de entre los suyos. Ratas de río, hasta que el hijo de Rea Silvia los atrajo y lavó sus crímenes en el templo de Asilo. Ahora caminan con la frente demasiado alta y nos miran por encima del hombro, y piensan que no tenemos la misma dignidad que ellos. Pero el fango de las orillas no se lava tan fácilmente. ¿Quiénes son en realidad?

—Ladrones de mujeres...

—Ladrones de mujeres...

—¡Basta! —se había visto obligado Veleso a decir a más de uno—. Esa guerra ya terminó. Ahora somos romanos como ellos. Juramos. Tacio lo hizo en nuestro nombre. Hay pactos sagrados ante nuestros dioses.

—Serías un buen rey para todos, Marco Veleso —llegaron a susurrar algunos.

—Tal vez eres benévolo con los romanos porque aspiras a gobernar entre ellos.

—Serías un buen rey...

Mas llegó el día en que un nuevo rumor recorrió la ciudad. Algo había cambiado. Presionados por la inquietud que agitaba a los sabi-

nos, los primeros fundadores habían aceptado por fin un trato: habría un rey escogido de entre ellos, pero sería designado por los seguidores de Rómulo.

—Roma se salvará —oyó decir Berania a Padre mientras abrazaba a Madre al regresar de la explanada del templo, donde se había informado a todos de la decisión del Senado.

«El interregno tocaba a su fin, pero ¿quién sería el elegido? ¿Quién de todos los sabinos sería digno de gobernar ambos pueblos?».

Fue aquella noche cuando alguien llamó, protegido por la oscuridad, a la puerta de uno de los patricios. La del primero de ellos. El mismo que había declarado que Rómulo había ascendido a los cielos.

VI

Severos como la propia muerte sonaron en la noche los golpes en la puerta de Julio Proclo. El esclavo que dormía en la cocina fue el primero en llegar, portando una lamparilla de aceite en la mano, pero antes de atinar a abrir, de nuevo sonaron los golpes. Imperativos. Inexorables.

—¿Quién anda ahí fuera? —musitó el esclavo.

—¿Eres tú Julio Proclo?

—No, y el amo no recibirá a nadie a estas horas.

—A mí me recibirá. Dile que tengo un mensaje del rey Rómulo.

Pero Proclo ya se había despertado, tal vez por mano de los propios dioses, pues cargada estaba la noche de la sustancia que compone el hado de los hombres. Apareció por las escaleras, vistiéndose a toda prisa.

—¿Quién osa llamar a esta hora?

Silencio. Mas de súbito, la voz habló de nuevo, profunda y funesta.

—¡Abre tu puerta, Julio Proclo! ¡Pues yo soy el Destino!

Descorrieron los cerrojos y al otro lado apareció la figura de Numa Pompilio. También portaba una lámpara en una mano, pero con la otra sujetaba un pequeño saco. Proclo palideció como si hubiese visto a la misma Parca.

—Vamos adentro, romano. Mejor será.

En la penumbra de la cocina, sus largas sombras vacilaban sobre la tosca pared, trepando sinuosas hacia arriba a la luz temblorosa del hogar. Proclo ordenó al esclavo que trajera velas, pero Numa lo detuvo.

—Algunos asuntos están mejor en la oscuridad.

Entonces despidió al sirviente y quedó solo con Numa. Este buscó algo en el saco. Extrajo un bulto informe envuelto en un trozo de tela. Un olor a podredumbre y tierra húmeda inundó su olfato. Proclo extendió su mano para tocarlo y un escalofrío recorrió su espalda.

—Lo enterrasteis envuelto en su púrpura —dijo Numa.

Entonces supo qué era lo que estaba sobre la mesa.

—¿Qué has encontrado? ¿El pedazo de un cadáver? —dijo mientras procuraba sobreponerse al miedo que crecía en su interior—. ¿Intentas asustarme?

—Su mano izquierda, envuelta en un pedazo de su túnica.

—Muchos tienen mano izquierda, necio. ¿Acaso quieres intimidarme?

Tomó el bulto, pero la tela podrida se deshizo y una mano de la que solo quedaban los huesos cayó sobre la mesa.

—Lo matasteis con su púrpura puesta —insistió Numa—. Lo asesinasteis y lo descuartizasteis. Enterrasteis todos los pedazos dispersos por el bosque.

—¿Quién lo dice? ¿Has encontrado una mano y crees que eso basta para apoyar tus insinuaciones?

—No lo entiendes, Julio Proclo —dijo Numa reclinándose hacia atrás hasta quedar en las sombras y lograr que solo el brillo del fuego en sus ojos revelara su presencia—. He encontrado todos sus pedazos.

Julio Proclo sintió que le faltaba el aire.

—Durante un año he recorrido el bosque a partir del lugar donde le disteis muerte. Un año, todo vuestro maldito interregno, mientras dabais excusa tras excusa para no elegir un rey entre los sabinos. ¿Cuántos de los tuyos participasteis en la conjura?

—No puede ser... —gimió Proclo con la cabeza hundida en las manos.

—Lo matasteis a traición. ¿Cuántos de los patricios estabais juntos en esto? No pocos debisteis de ser, cuando hasta sus céleres, que habían jurado guardarle y protegerle, rompieron sus votos. Lo descuartizasteis y escondisteis sus restos. Mas yo he seguido vuestro rastro. Mientras todos pensaban que huía de los hombres en busca de la paz y de los dioses, que hablaba con ninfas, musas y criaturas del bosque, buscaba en realidad la prueba de vuestro crimen. Y ha sido una larga búsqueda, Proclo, pero la he completado. Todo lo metí en un saco.

Todo menos esta mano, y lo escondí a buen recaudo. Poderosa es la muerte: sus restos apenas pesaban, cuando en vida fue tan extraordinario hizo falta que le traicionaran todos los suyos para poder darle muerte. Lo matasteis y luego engañasteis a todos.

Proclo gimoteaba. De súbito, tomó la mano de Numa y lo miró a los ojos en busca de piedad.

—Fue... necesario. Se había vuelto demasiado orgulloso. Nada quedaba ya del hombre que fue. Tú no le conociste, pero yo estaba allí cuando fundó esta ciudad. Era un niño cuando le vi empujar la reja que trazó el pomerio. Le vimos matar a su hermano, a quien amaba más que nada, solo porque había jurado castigar con la muerte a quien violara el límite sagrado. No dudó ni un instante para mostrarnos a todos cuán férreas eran su determinación y las leyes de la ciudad que levantaba. Cuando se derrumbó llorando sobre el cadáver de Remo, fui yo quien recogió su manto y lo cubrió para que nadie viera sus lágrimas.

»Era el mejor de todos nosotros y Júpiter tronaba en su nombre. Antes de la guerra con los sabinos de Tacio ya había logrado terribles hazañas. Al temible Acron Ceninetio acometió en combate singular delante de su pueblo, y despojó su cuerpo sin que ningún otro enemigo osara desafiarle. Ni un solo hombre de su legión tuvo que luchar aquel día. Preguntad a los que, de los fidenios, los crustumnios y los antemnios viven entre nosotros, pues lo mismo hizo con ellos cuando, altivos, nos declararon la guerra. O a los veyanos tirrenos, que necios reclamaron las tierras de Fidena tras haberlas ganado Roma con justicia, y aun perdieron ante Rómulo los Siete Pagos, y todavía se recuerdan las lágrimas de su general derrotado, cuando le trajo atado y prisionero hasta la explanada del templo.

»Pero esas glorias son ya del pasado, y sus trofeos se oxidan hoy bajo la lluvia en la encina de Júpiter Feretrio, pues largo tiempo hemos vivido sin conquistas. ¿Qué quedaba de aquel valor? ¿Qué de su espíritu de sacrificio? Se había ablandado y ya no era capaz de vestir las armas que tanta gloria le habían dado. En lugar de eso nos humillaba, se creía por encima de nosotros, quienes nacimos del mismo barro que él. De repente ya no quería que le mirásemos a los ojos. A nosotros, que habíamos compartido su miseria y su gloria. Para todo interponía a sus céleres entre él y nosotros. El consejo de los senadores siempre parecía incomodarle, y no reconocía más razones

que las que se le ocurrían reclinado bajo su dosel y envuelto en su púrpura. Ora usaba afeites y con colores pintaba su rostro, ora decía que su padre era el mismo Júpiter y que debíamos adorarlo en vida como a un dios. No tuvimos más alternativa. No fundamos Roma con tantos sacrificios para vivir bajo otro yugo.

—Su pueblo lo amaba y vosotros lo matasteis. A todos dijisteis que había subido a los cielos y que se le contaba entre los dioses, cuando la verdad es que ni tumba tenía, y su cuerpo servía de hogar al gusano y la ruina. La tierra sobre él estaba maldita. Solo un lirio fúnebre crecía sobre su cabeza, que enterrasteis cerca del arroyo. ¿Qué crees que dirán los romanos cuando sepan que a golpe de espada les arrebatasteis rey y dios?

—No te atreverás...

—Será vuestro final, Proclo. El pueblo se levantará contra vosotros y los sabinos terminarán lo que Tacio y Rómulo detuvieron cuando hicieron la paz.

—¡No se atreverán!

—Sí lo harán. Ellos acabarán con vosotros y con tu pueblo, pues grandes son vuestras impiedades.

—¡Podría matarte! —dijo Julio Proclo con súbita rabia.

—El cuerpo está bien escondido. Si no vuelvo al amanecer, Roma sabrá lo que habéis hecho.

—Pero, ¿qué quieres entonces?

—Que cumpláis el pacto.

—¿Elegir un rey de entre los sabinos? No entiendo. Ese acuerdo ya está ratificado. Es cuestión de días.

—Mas no habéis decidido un nombre. ¿Entiendes? Deberá ser el mío.

Proclo lo miró boquiabierto.

—¿Sorprendido? No olvides que pertenecí a la casa de Tito Tacio hasta que mi esposa murió. Los dioses quisieron que perdiera mis derechos de sucesión, pero era yo quien debería haber reinado junto a Rómulo como rey de los sabinos. Ahora debo completar mi destino.

—Pero ni siquiera eres romano.

—Lo cual me convierte en la elección perfecta. Así no tendréis que soportar la obediencia a un sabino de Roma, ya que los despreciáis y no consideráis en igualdad, a pesar de que con ello infringís los juramentos sagrados que Rómulo y Tacio hicieron ante los dioses.

Entonces Numa se levantó y Julio Proclo vio cómo se acercaba hasta él y extendía su mano hasta posarla sobre su cabeza. No se atrevió a moverse, aunque sintió un terrible escalofrío ante el contacto de aquella mano.

—Sois un pueblo impío, pero yo he de guiaros por el buen sendero, Proclo. A ti y a los tuyos. Vuestra estirpe es indigna. Ladrones y cosas peores fuisteis los primeros fundadores. Yo os traeré la luz y os reconciliaré con los dioses. Haz lo que te digo y mantendréis vuestra posición y vuestros privilegios. Nombrad a otro y haré que vuestra vida acabe a manos de vuestro propio pueblo, a golpe de espada, en pago por vuestro crimen.

Proclo lloraba.

—¿Cómo haremos tal cosa?

—Proclamaréis que los dioses me eligieron. Vendréis a Cures, a casa de mi padre, y allí me comunicaréis la noticia. Debéis ser tú por los romanos y Marco Veleso por los sabinos.

—Será una gran decepción para él y los tuyos. Muchos de los senadores apoyan que Veleso sea, de entre los sabinos, rey.

—Por eso debéis pedírmelo ambos. Los demás senadores te apoyan a ti. Vendréis los dos como favoritos del Senado y me rogaréis que os siga hasta la ciudad y tome el lugar de Rómulo. Por tres veces rechazaré ser vuestro rey, mas al día siguiente vendré y dirigiré un sacrificio perfecto, tras lo cual mostraré a todos que es decisión de los dioses.

—Danos el cuerpo a cambio, Numa. Déjanos al menos deshacer nuestra impiedad. Lo enterraremos en secreto, pero con la dignidad que merecía.

—Jamás. Lo mantendré escondido como garantía de que no tramaréis nada contra mí o los míos. Roma será gobernada por los sabinos.

Y dicho esto, tomó la mano izquierda de Rómulo, la introdujo en su saco y se dirigió a la puerta.

—Tenéis dos días para nombrar al nuevo rey —dijo antes de desaparecer en la noche.

VII

Berania contempla casi con miedo la fina línea celeste que anuncia el alba. Se acerca al cesto, que encuentra vacío. Ya casi ha llegado la

hora. Observa el templo que ha sido su hogar durante más de veinte años. Se fija entonces en la llama.

«Resistirá hasta que llegue mi relevo. Ya no alimentaré más tu llama sagrada, oh, Vesta bendita. Ahora soy libre».

Su mirada se pierde de nuevo en el templo envuelto en sombras. Reconoce cada veta en la madera de las vigas y cada grieta de las grandes losas que pisa. Tuvo años para aprendérselas de memoria. Todos los que tardó en encontrar bajo una de ellas la llave de su libertad.

«Me la he ganado, Numa. Mucho tiempo duró tu engaño. Tú conseguiste ser rey. Vesta obtuvo su templo y su fuego sagrada para calentarse en las frías noches. Pero, ¿y los míos? Arrebataste a Padre una hija y el honor que le correspondía. Desde ese día, Marco Veleso se dejó morir y no superó el siguiente invierno ¿Y yo? ¿Qué obtuvo la pobre Berania, separada de su familia y condenada a esta esclavitud, cuya vida quedó por siempre ligada a que esta llama no se apagara?».

Su corazón late con furia al recordar a Padre. Su rostro arde de furia. Su mente viaja una vez más, la última, a la noche que siguió al día de los sacrificios favorables, cuando se proclamó al nuevo rey de Roma. Un rey sabino para un pueblo que había estado a punto de dividirse. Un rey forastero, pues tuvo que abandonar la ciudad de Cures para instalarse en las mansiones de Rómulo.

Sí, fue aquella noche cuando el propio Numa apareció en la puerta de su casa para decirles que un fuego sagrado le había sido entregado por la propia diosa y esta requería a dos jóvenes libres de toda impureza como custodias.

«Ibas solo, pues tu primer decreto fue disolver la guardia real. No te fiabas de los céleres que habían servido a Rómulo. Recuerdo que hablaste con Padre y que este volvió a buscarme con lágrimas en los ojos. Me dijo que desde ese momento pertenecía a la nueva orden al servicio de Vesta. ¡Mentiras! Me querías inaccesible, por si volvía a visitarme. Prisionera sin paredes, encerrada en este templo, atada a esta llama que devoraría mi vida. La pureza que se exigía a las vestales, las prebendas y leyes que hiciste disfrazaron de honores todos tus esfuerzos por alejarme de los demás. Maldito seas por ello, Numa. Hoy acaba mi sufrimiento».

Una figura penetra en el recinto. Es de los pocos autorizados a hacerlo, pues las normas son estrictas. Retira su capucha y ante Bera-

nia aparece el propio rey de Roma, con su rostro de falsa beatitud. No engaña a la vestal. Sabe reconocer la ira controlada en sus ojos.

—Entonces, ¿estás segura? —dice con voz suave.

—Algunos de mis cabellos se han vuelto de plata, mas aún soy fértil. ¿Has cumplido tú?

—El marido que te he buscado se llama Cayo Valerio, de las principales familias que vinieron con Tacio hasta Roma cuando firmó la paz con Rómulo. Su primera esposa falleció de parto y no tiene hijos. Le he garantizado que tú se los darás.

Berania asiente en silencio.

—¿Por qué, después de tanto tiempo? ¿No eres feliz? Eres libre. El templo te ha proporcionado ingresos y propiedades. Puedes gestionar tus bienes sin tener marido. Te he facilitado todo lo que puedas desear.

—Tal vez gobiernes Roma, pero no te atreverás a dañar a la esposa de un patricio. Quedaré por siempre lejos de tu poder.

—Como vestal, eres venerada por el pueblo. El mero roce de tu sombra puede salvar la vida del reo. Tu virtud y tu nobleza hacen palidecer a los reyes…

—Sobre todo a reyes como tú, ¿verdad? Debes cumplir tu parte y yo cumpliré la mía. Me mantendré callada y a nadie diré lo que ahora sé. Solo dame el hogar que me arrebataste. —El corazón le late con fuerza. En todos estos años ha aprendido a temer al rey.

Numa sonríe. Sabe vestir la rabia con dulzura.

—Así sea. Vendrás conmigo, pues solo yo puedo entregarte a tu marido. Esa es la ley que acabo de dictar. No se había previsto que pudierais dejar el culto. Treinta inviernos, esa es la edad a partir de la cual será posible.

Berania toma su capa de lana y cubre su cabeza con la capucha.

—¿Aún te asusto? —pregunta Numa de repente.

—No te temo, Numa Pompilio. No ahora.

Él baja la cabeza.

—Dime una cosa. ¿Cómo supiste el secreto de este templo? No podrías levantar una losa tan grande. ¿Cómo descubriste lo que había debajo de este suelo?

Pero ahora es Berania la que sonríe y recuerda. Recuerda que al fin la diosa se apiadó de ella y se le apareció de nuevo hacía apenas una luna, una noche como aquella. Recuerda la mirada severa, el peso

inmenso de su mano cuando la tomó del brazo, y cómo la atrajo junto al pedestal del fuego sagrado. Ningún romano se atrevería a profanar aquel suelo. Solo las vestales tienen acceso según las leyes del propio rey. Recuerda cómo Ella se agachó y, mirándola a los ojos, levantó sin esfuerzo una de las losas. Con un gesto de su otra mano, tierra y raíces se apartaron como un velo, revelando así el secreto que Numa había ocultado allí para que nadie jamás pudiera encontrarlo. Un secreto tan terrible que incluso cambiaría esas leyes para dar la libertad a la mujer que lo había descubierto a cambio de su silencio. Pues allí, tras el callado manto de la tierra, donde reina el olvido y mora el gusano, se ocultaban los restos de un rey descuartizado, envueltos, putrefacta e invisiblemente para los ojos de Berania, en su propia púrpura.